

VICENTE CÁRCEL ORTÍ

PÍO XII

(1939-1958)

El papa, defensor y salvador de los judíos

SEKOTIA

© VICENTE CÁRCEL ORTÍ, 2022
© EDITORIAL SEKOTIA, S.L., 2022

Primera edición: octubre de 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL SEKOTIA • COLECCIÓN BIBLIOTECA DE HISTORIA
Director editorial: Antonio Cuesta
Editor: Humberto Pérez Tomé Román
Maquetación: Miguel Andréu

www.sekotia.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Sekotia
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-11313-11-7
Depósito: CO-1631-2022
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice

PRIMERA PARTE.

LA VOZ SOLITARIA EN EL SILENCIO Y OSCURIDAD DE EUROPA.....9

Nota bio-bibliográfica de Pío XII	11
El cardenal Pacelli, secretario de Estado	13
Pío XII, un pontífice innovador	16
Pío XII intentó evitar la Segunda Guerra Mundial	18
Política del papa	23
Intervenciones públicas de Pío XII contra la guerra	26
Labor humanitaria de la Santa Sede.....	29
La red de asistencia vaticana durante la Segunda Guerra Mundial.....	33
Lucha de Pío XII contra el paganismo y el ateísmo	37
Pío XII frente al comunismo	42
Balance del pontificado de Pío XII	46
El proceso de beatificación y canonización de Pío XII.....	51
Primeras investigaciones sobre las relaciones de Pío XII con España.....	54
Pío XII, restaurador de la Iglesia en España	59

SEGUNDA PARTE.

VÍCTIMA DE LA DIFAMACIÓN

Genocidios y holocaustos del siglo XX	63
Relaciones judíos-cristianos.....	68
El antisemitismo	74
La Iglesia y el holocausto de los hebreos	78
¿Por qué es tan importante el radiomensaje de Pío XII en 1942?	83
El papa no tenía información exacta sobre la así llamada «solución final»	88
«Pío XII hizo más gestiones en defensa de los judíos que cualquier organización humanitaria»	92
La gran obra de asistencia en favor de los judíos	99
¿Protesta pública o resistencia silenciosa?.....	103
«Pío XII hizo por los judíos mucho más que las iglesias evangélicas, la Cruz Roja y los gobiernos occidentales»	112
Datos sobre los judíos romanos protegidos por Pío XII.....	117

1963: comienza la campaña calumniosa con El Vicario de Hochhuth	120
Reacción inmediata de Pablo VI en defensa de Pío XII.....	125
Las Actes et documents du Saint Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale (ADss)	130
Los jesuitas Blet, Martini, Graham y Schneider, editores de las ADss.....	140
La leyenda negra sobre la actitud de Pío XII	144
¿Cuándo nació de la «leyenda negra» sobre Pío XII?.....	147
¿Cuáles pueden ser las causas de la «leyenda negra» sobre Pío XII?	156
El presunto «silencio» del papa.....	159
Pío XII no fue cómplice de Hitler	163
Testimonios de los judíos a favor de Pío XII	166
Pío XII no fue insensible ante los crímenes contra la humanidad.....	173
Se desenmascara la leyenda negra contra Pío XII.....	176
¿Por qué actuó así Pío XII?	179
Recientes documentos confirman que Pío XII ayudó a los hebreos.....	181
Pío XII ante los bombardeos de Roma	187
Pío XII, salvador de Italia	191
Pío XII y el Estado de Israel.....	195
La polémica obra de Kertzer, que descubrió en los archivos del Vaticano «secretos asombrosos».....	199
«Nosotros recordamos: una reflexión sobre la Shoah».....	202
Resumen de algunos hechos y datos irrefutables.....	207
 CONCLUSIONES.....	 217

PRIMERA PARTE

LA VOZ SOLITARIA EN EL SILENCIO
Y OSCURIDAD DE EUROPA



Fotografía de la coronación del papa Pío XII en 1939.

NOTA BIO-BIBLIOGRÁFICA DE PÍO XII

Eugenio Pacelli (Roma, 2 marzo de 1876 - Castel Gandolfo, 9 octubre de 1958) fue, sucesivamente, prosecretario de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios (1912-1914) y secretario de la misma (1914-1917); arzobispo titular de Sardi y nuncio apostólico en Baviera (1917); nuncio apostólico en Alemania, nombrado el 23 de junio de 1920, al comienzo de las relaciones diplomáticas con el nuevo Estado; continuó al frente de la nunciatura en Baviera hasta el final de las negociaciones del concordato bávaro (29 marzo 1924) y al nombramiento del sucesor (9 junio 1925), dejando definitivamente Múnich el 18 de agosto de 1925. El 12 de junio de 1925 había sido nombrado nuncio apostólico ante el gobierno de Prusia. Creado cardenal por Pío XI en 1929, fue secretario de Estado desde el 9 de febrero de 1930 hasta la muerte del papa, el 10 de febrero de 1939. El 2 de marzo de 1939 fue elegido papa con el nombre de Pío XII.

Aunque se ha publicado mucho sobre este papa, no existe una biografía crítica de Pío XII y quizá tardará muchos años en hacerse, debido a la proximidad del personaje y a su complejidad, ya que fue una de las mayores personalidades de su tiempo y su impacto fue tan notable que entonces como ahora sigue siendo objeto de animados debates y discusiones.

Igino GIORDANI publicó *Pio XII, un grande papa* (Turín, 1961), una obra apologética.

Le Chiese di Pio XII, editado por A. Riccardi (Bari, Laterza, 1986). El título de esta obra engaña porque no se trata de una biografía del papa ni de una obra de síntesis sobre su pontificado, sino de las actas de un congreso celebrado en Bari y que recoge una serie de aportaciones que no tocan más que indirectamente los aspectos propiamente religiosos del pontificado; con todo, es interesante por los datos que aporta a la historia política del pontificado pacelliano.

Andrea RICCARDI, *Il potere del papa da Pio XII a Paolo VI* (Bari, Laterza, 1988, 2ª ed. 1993), analiza el tema en una amplia visión de conjunto.

La voz de Francesco TRANIELLO, «Pio XII», en *Enciclopedia dei Papi* (Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 2000), pp. 632-645, y en *Dizionario biografico degli italiani*, 84, 58-68, es una buena síntesis biográfica y recoge la bibliografía más selecta y reciente sobre su pontificado.

Philippe CHENAUX, *Pie XII: diplomate et pasteur* (París, Éditions du Cerf, 2003) destaca estas dos características del pontífice.

Sobre su actividad como secretario de Estado, véanse los volúmenes de S. PAGANO – M. CHAPPIN – G. COCO (eds.), *I «Fogli di Udienza» del Cardinale Eugenio Pacelli, Segretario di Stato. I (1930)* (Collectanea Archivi Vaticani 72) (Città del Vaticano, Archivio Segreto Vaticano, 2010) y G. COCO – A. M. DIEGUEZ, *I «Fogli di Udienza» del Cardinale Eugenio Pacelli, Segretario di Stato. II (1931)* (Ibid. 2014). En particular, el extenso y muy bien documentado estudio de G. COCO, *Eugenio Pacelli, cardinale e Segretario di Stato (1929-1939)*, en el Vol. I, 39-143 y el de Pierre BLET, «Le cardinal Pacelli secrétaire d'État de Pie XI», en *Achille Ratti Pie XI*, a cura di Ph. Levillain, Roma 1996, 197-213.

Buena síntesis biográfica es la de Jean LeBlanc, *D'Agagianian à Wyszynski. Dictionnaire biographique des cardinaux de la première moitié du XXe siècle (1903-1958)* (Ottawa 2017), 539-557, que recoge una amplísima bibliografía.

EL CARDENAL PACELLI, SECRETARIO DE ESTADO

Pío XII (Eugenio Pacelli) tuvo un singular destino. Siendo un austero sacerdote romano, atravesó los años más difíciles de la historia europea y mundial del siglo XX como protagonista. Llegó a la suprema responsabilidad en la Iglesia con una larga experiencia diplomática y un gran conocimiento de los problemas del mundo contemporáneo.

Benedicto XV lo envió a Viena para conseguir del emperador de Austria que Italia no entrara en guerra. En 1917, el mismo papa lo consagró obispo y lo destinó como nuncio a Baviera.

Durante este primer período de permanencia en Alemania, visitó frecuentemente los campos de concentración de prisioneros y desarrolló una intensa actividad en favor de ellos y de sus familias lejanas. Al terminar la guerra, se prodigó para ayudar a los más necesitados. Entretanto, consiguió establecer relaciones diplomáticas con Berlín y con el gobierno del Reich, y en 1919 presentó sus cartas credenciales al presidente de la nueva República Alemana.

Durante su prolongada permanencia en Alemania, Pacelli mantuvo relaciones con el *reich* guillermino cuando todavía no existían las relaciones diplomáticas entre la Santa Sede y Alemania. Después, cuando el Imperio de Austria-Hungría pareció que buscaba la paz separada y fue colocado casi bajo tutela por su hermano mayor ale-

mán, el nuncio en Viena, Valfré di Bonzo, quedó como desautorizado y todas las relaciones entre el Vaticano y los imperios centrales, deseosos de salvar el papel mundial de la plurisecular monarquía, pasaron por la capital bávara, donde el nuncio Pacelli pudo conocer directamente el comunismo armado y sus conatos insurreccionales pero, sobre todo, tuvo conocimiento del drama, grande y terrible, de la nación alemana, atenazada entre el sueño del poder mundial y el vértigo de la catástrofe.

El nuncio Pacelli fue un verdadero amigo del pueblo alemán en la hora de su tragedia, adquiriendo una especie de reconocido crédito que solamente una polémica menor cambió por compromiso ideológico. Instituida finalmente la nunciatura de Berlín, siguió toda la aventura de la llamada República de Weimar, entre crisis económica, revisionismo y renacimiento de un exasperado y turbio nacionalismo de perspectivas apocalípticas. La línea concordataria querida por Pío XI y llevada adelante por el primer nuncio en Berlín pretendía precisamente poner márgenes de carácter jurídico formal a una incontrolada voluntad de potencia que justamente se podía tener en cualquier caso de forma incontrolable. La misión diplomática de Pacelli demostró que el futuro Pío XII supo imponerse en los ambientes políticos alemanes y, lejos de ser un simple ejecutor, dio a conocer un sentido político y diplomático excepcionales en una coyuntura muy compleja. Fueron precisamente estos primeros años de su experiencia alemana los que marcaron al futuro pontífice.

Después, Pacelli fue llamado a asumir el cargo de máxima responsabilidad en la Santa Sede, la Secretaría de Estado, como sucesor y heredero del cardenal Gasparri. Comenzó esta tarea cuando más poderosos y amenazadores aparecían el anticlericalismo masónico, que tuvo su centro en México, el totalitarismo nazi en Berlín, el fascista en Roma y la dictadura bolchevique en Moscú. La actividad de Pacelli se centró en evitar persecuciones y fracturas, por una parte y, por otra, en defender los valores y salvaguardar los derechos de la Iglesia y de la humanidad. Fueron años de angustia marcados por la crisis económica y más tarde por la victoria nazi en Alemania.

En 1933 firmó el concordato con el Reich. Desarrolló toda su actividad en íntima colaboración con Pío XI para denunciar los horrores y las injusticias del racismo. Como secretario de Estado firmó sesenta notas diplomáticas enviadas a Berlín para protestar contra las medidas del régimen que atentaban contra los derechos de los católicos y los derechos humanos más elementales.



Eugenio Pacelli, nuncio en Baviera visitando en 1922 a un grupo de obispos.[Carl Baer (1854-1933)]

PÍO XII, UN PONTÍFICE INNOVADOR

El 2 de marzo de 1939 fue elegido papa y tomó el nombre de Pío XII para indicar la continuidad con su predecesor Pío XI, del que había sido su más fiel colaborador durante diez años como secretario de Estado.

El nuevo papa conocía perfectamente la situación internacional, con sus problemas y sus dificultades, sus crisis probables y sus soluciones posibles. Le interesaba ciertamente todo lo que afectaba a las naciones, al porvenir de la humanidad y a las cuestiones terrenas que, sin embargo, estaban tan unidas con las espirituales.

Elegido papa pocos meses antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, fue durante el conflicto el único defensor de todos los perseguidos por la barbarie, porque su condena de la guerra fue la más alta y autorizada. Aunque la Santa Sede buscó el equilibrio internacional y la neutralidad para conseguir la paz, ante la impotencia política y diplomática tuvo que limitarse a las cuestiones de principios.

Hablar de Pío XII como «diplomático» es reductivo —aunque ejerció la diplomacia de forma eminente—, porque el papa fue, ante todo, un hombre de fe.

Debido a su carácter introvertido, acentuó la soledad de su gobierno, haciéndose casi secretario de Estado de sí mismo, en el marco de un fuerte centralismo decisonal.

Pío XII fue precursor de la futura reforma litúrgica del Vaticano, desarrolló un abundante magisterio sobre los temas más diversos y elevó el prestigio del pontificado a niveles altísimos.

Sin las encíclicas de Pío XII no habrían salido del Vaticano II los más importantes documentos conciliares; su magisterio fue verdaderamente una luz en el silencio de su tiempo.

Pío XII no quiso colaboradores, sino ejecutores. Fue una personalidad extraordinaria, un hombre de oración y un severo asceta, muy exigente consigo mismo y con los otros, que concentró en su persona toda la responsabilidad y el trabajo de pontífice prescindiendo de comisiones y trámites curiales. Durante muchos años hizo personalmente los nombramientos de obispos y trató las cuestiones más delicadas valiéndose de la ayuda de un reducido grupo de personas de su máxima confianza, entre los que figuraban cinco jesuitas alemanes, entre ellos Bea, su confesor.



En 1924, con motivo del 900 aniversario de la ciudad de Bamberg en Baviera, tuvo lugar una gran procesión en presencia del ex príncipe heredero Ruprecht de Baviera, el ex rey Fernando de Bulgaria, el nuncio Pacelli, todos los arzobispos de Alemania y otras altas iglesias.

PÍO XII INTENTÓ EVITAR LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Los historiadores modernos pasan en silencio sobre el tema del papel del papado en las relaciones internacionales, sobre todo en el periodo precedente y durante la Segunda Guerra Mundial. Esta postura favorece la difusión de muchas fábulas, seguramente interesantes, pero alejadas de la realidad. Sobre todo si se tiene en cuenta todo lo que la Santa Sede hizo por impedir que se desencadenase la guerra en 1939, y el papel jugado por Pío XII en la ayuda a las víctimas de la misma.

Cuando en marzo de 1939 Pío XII se convirtió en papa, el mundo estaba en paz. E indudablemente, a través de discursos solemnes, llamamientos a los gobiernos, a los dirigentes políticos y la diplomacia secreta, intentó como nadie en el mundo impedir la guerra y restablecer la paz.

Pocos recuerdan que él propuso, en mayo de 1939, una conferencia entre Italia, Francia, Gran Bretaña, Alemania y Polonia para impedir el conflicto. Las respuestas negativas de algunos gobiernos no desanimaron al papa que, incluso al precipitarse la situación con el pacto germano-soviético, intentó intervenir. El 23 de agosto a las 19:00 horas, el papa habló por Radio Vaticana a los gobernantes del mundo insistiendo en que «nada se pierde con la paz. Todo se pierde

con la guerra». Sin embargo, pocos días después, las tropas de la Wehrmacht cruzaron las fronteras polacas.

Pío XII intentó entonces mantener a Italia fuera de la guerra. El 21 de diciembre se encontró con el rey Víctor Manuel y la reina Elena. Y no obstante, aunque no se contemplara en el protocolo, él mismo intercambió la visita, con la intención de convencer a los soberanos a permanecer fuera del conflicto.

Cuando el ministro alemán de Asuntos Exteriores Joachim von Ribbentrop llegó a Roma en 1940, Pío XII quiso recibirlo en audiencia para exponerle las razones de la paz. Concertó además una doble intervención, una carta suya y otra del presidente americano Franklin Delano Roosevelt al jefe del gobierno italiano para persuadirlo de que no entrara en la guerra. Pero todo fue en vano.

Pío XII no solo no tenía simpatías filogermánicas sino que, por un documento del Foreign Office, resulta que estaba en contacto con los generales alemanes que querían derrocar a Hitler. Él mismo transmitió a Londres la propuesta para derrocar al dictador en la que se pedían garantías para una paz honorable. Pero los ingleses no se fiaron y dejaron caer en saco roto la iniciativa.

Resulta, además, por un documento que Blet encontró en el archivo de la embajada de Francia en Roma, que, en mayo de 1940, Pío XII hizo llegar secretamente a los embajadores de Francia e Inglaterra la fecha exacta en la que comenzaría la ofensiva alemana. Una información de importancia vital que Pío XII no tuvo dudas en comunicar.

La elección de Pío XII, en marzo de 1939, coincidió con una de las fases más difíciles y dramáticas de la historia del siglo XX porque Europa y el mundo estaban a punto de ser atropellados por una trágica y sangrienta experiencia, por una guerra que dejó heridas profundas y consecuencias incalculables.

Cuando el cardenal Pacelli fue elegido papa el momento histórico se caracterizaba por una difícil suspensión. El «espíritu de Múnich», es decir, la esperanza de paz que se nutría después de la Conferencia de Múnich del 30 de septiembre al 1 de octubre de 1938, no estaba todavía formalmente disperso y «ninguna nube» —por usar una

expresión del primer ministro británico Chamberlain (1869-1940)—amenazaba el horizonte europeo. Pero el peligro de la guerra no había desaparecido completamente. El mismo Chamberlain, en la visita que le hizo a Pío XI el 13 de enero de 1939, le manifestó al papa su desconfianza en la voluntad de paz de Hitler y Mussolini.

El 30 de enero, el *Fürher*, en un discurso al *Reichstag*, amenazó con las mayores retorsiones a los hebreos, considerados *a priori* responsables de una guerra que estallaría por la oposición de las potencias occidentales a la expansión alemana en la Europa centro-oriental. Sin embargo, ningún paso irreparable hacia el conflicto había sido dado y todo podía ser salvado a condición de que prevaleciera la buena voluntad hacia la paz.

La Segunda Guerra Mundial apareció inmediatamente muy diferente a la anterior. No se trató de una guerra partidista más en el cuadro de una lógica interna a las culturas nacionales, basada en la reafirmación del prestigio y de la fuerza y en las reivindicaciones territoriales y de fronteras, o en la lógica de la búsqueda de equilibrios internacionales para conseguir la base de nuevas relaciones de fuerza.

Con la Segunda Guerra Mundial, la política de los equilibrios entre los estados nacionales fue superada por un duro choque de naturaleza ideológica. Ya no estuvieron más en juego los principios de nacionalidad y las cuestiones fronterizas, sino la destrucción y la sumisión del enemigo. La guerra total borró las antiguas normas, implicando a las poblaciones civiles, víctimas inocentes de los bombardeos aéreos, de las persecuciones raciales, de matanzas y violencias inauditas: las atrocidades y el genocidio se convirtieron en métodos de dominio y control de los países ocupados. Una realidad frente a la cual apareció extremadamente difícil el arma de la imparcialidad.

Cuatro años antes de su elección, en mayo de 1935, el cardenal Pacelli, enviado a Budapest como legado pontificio para el Congreso Eucarístico Internacional, pronunció una frase en nombre del papa, que él consideró extraordinariamente significativa: «Doy gracias a Dios cada día por haberme hecho vivir en las circunstancias presentes. Esta crisis, tan profunda y univer-

sal, es única en la historia de la humanidad. El bien y el mal se han enfrentado en un duelo gigantesco. Nadie tiene, pues, derecho a ser mediocre».

Poco menos de cuatro años después, el 2 de marzo de 1939, en un cónclave breve y consciente de la gravedad de la hora, el mismo cardenal que había gozado de la plena confianza de Pío XI, se convirtió en su sucesor en la sede de Pedro y puso en evidencia un signo de continuidad con el nombre que asumió.

Frente a la crisis que estaba llevando Europa a un conflicto de excepcionales proporciones, el nuevo pontífice, que tenía una larga y sólida experiencia diplomática, trató de valerse de los mismos instrumentos que veinticinco años antes Benedicto XV había utilizado durante la Primera Guerra Mundial, es decir, de una posición de equidistancia entre las partes y de una acción ante las cancillerías europeas, tendientes a la mediación y a la pacificación. Una fórmula que permitió a la Santa Sede salir de dicha guerra, en 1918, con renovado prestigio.

Pío XII intentó seguir el camino trazado por el papa de la «inútil masacre», reivindicando la superioridad de la Santa Sede frente a los contendientes, la libertad para los católicos de los países en conflicto, la posibilidad de obrar mediaciones diplomáticas y de intervenir en apoyo de las poblaciones golpeadas por la guerra. Como Benedicto XV había apelado a terminar con la «inútil masacre», desoído por todas las partes del primer conflicto, así Pío XII apeló a la sensatez y a la humanidad por todos y para todos. Pero fue desoído por las partes de este gran conflicto, acabado con la nueva barbarie de la bomba atómica.

Apenas elegido papa, Pío XII no tardó en avalar la condena del nazismo y del comunismo, lanzada por su predecesor en marzo de 1937 con las dos famosas encíclicas: *Mit brennender Sorge* y *Divini Redemptoris*. El radiomensaje del 3 de marzo y la homilía de Pascua de 1939 son las pruebas irrefutables de la atención de Pío XII por los problemas de la paz. Él propuso un «nuevo orden internacional», basado no sobre cuanto dictaron las potencias del Eje, sino basado en los principios de la coexistencia y de la colaboración entre los Estados.

La imparcialidad de Pío XII no debe ser confundida con «neutralidad», pues la Santa Sede no fue nunca indiferente al problema de la paz como bien común. Si la guerra cambiaba los destinos de algunos pueblos, la piedad permanecía como valor universal al cual el papa no podía ni debía sustraerse. Él no era «neutro» porque le preocupaba la suerte tanto de los polacos como de los alemanes. Es más, la antirreligiosidad del nazismo empujó a la Santa Sede a ser dinámica para tutelar a los católicos alemanes y evitar que los polacos fuesen absorbidos totalmente por posiciones nacionalistas extremas.

Resulta extraño que, en septiembre de 1939, las potencias occidentales se substrajeran a las relaciones más estrechas con Pío XII, precisamente cuando deseaban del papa una clamorosa denuncia del nazismo. No veían estas potencias que tal denuncia ya había sido hecha; que de ella podía surgir una colaboración entre la Santa Sede y los occidentales para salvar la paz; que una denuncia en forma espectacular habría producido pésimos resultados, comprometiéndolo el destino de millones de personas. Por otra parte, ninguna de dichas potencias había hecho denuncia alguna contra el nazismo en los siete años precedentes a la guerra. Cuando se le acusa a Pío XII de haber permanecido extraño a la cuestión de la paz, se olvida el aislamiento que le fue impuesto por las grandes potencias europeas en un momento crucial de la historia de la humanidad.

POLÍTICA DEL PAPA

La política de Pío XII no encontró ni consentimiento ni espacio de maniobra. No se puede entender el magisterio y la obra del papa sin conocer su celo ardiente por la salvación de todos los hombres. Tuvo acérrimos enemigos cuando, desde el principio de su pontificado, empezó la intensa campaña para proclamar antes, y para defender luego, el derecho natural de la persona humana y la entera sociedad humana, compuesta por los pueblos con sus culturas. Filosofías que se resolvieron en antropologías ateas y materialistas que provenían de la misma raíz del 700; escuelas de distintas ciencias, juristas y políticos, permanecieron sordos a la llamada, o la combatieron con las armas de la propaganda. ¿Qué fue la Segunda Guerra Mundial sino una negación universal, una verdadera comunión de hecho entre los enemigos, llevada contra el derecho natural? También algunos teólogos y moralistas hicieron juicios negativos.

Durante la crisis que precedió al estallido de la guerra, la política de Pío XII se orientó en dos direcciones: por un lado, la condena moral de la guerra y, por el otro, el intento de mediación entre los Estados beligerantes para llegar a una solución pacífica. Ya desde los días de la crisis de Danzig, con el radiomensaje del 24 de agosto de 1939, el pontífice volvió a llamar a los valores de la justicia, de la moral y de la razón, recordando a los poderosos que nada se perdía con la paz y todo podía quedar perdido con la guerra.

Al final de agosto de 1939, al agravarse la crisis, Pío XII tomó iniciativas de mediación diplomática, dirigiéndose directamente a las cinco grandes potencias europeas, invitándolas a encontrar una solución y haciendo presiones sobre la misma Polonia, empujándola a asumir una actitud más dúctil frente a las pretensiones alemanas, con tal de salvar la paz. Pero el estallido de la guerra truncó toda iniciativa mediadora de Pío XII y de la Secretaría de Estado vaticana. Las intervenciones del papa se dirigieron predominantemente a indicar las bases de una convivencia civil e internacional inspirada en los valores cristianos y, por tanto, capaz de garantizar la paz en la justicia y el derecho.

Con la encíclica *Summi Pontificatus* del 20 de octubre de 1939, el pontífice rechazó la idea del Estado totalitario, afirmando que la concepción que asigna al Estado una autoridad ilimitada, además de ser un error pernicioso para la vida interior de las naciones, para su prosperidad y para un mayor y más ordenado incremento de su bienestar, perjudica las relaciones entre los pueblos, porque quita fundamento y valor al derecho de los pueblos, abre «la vía a la violación de los derechos ajenos y hace difícil el acuerdo y la convivencia pacífica».

En la alocución navideña al colegio cardenalicio, el 24 de diciembre de 1939, Pío XII retomó los mismos argumentos de su primera encíclica y recordó los intentos realizados hasta lo último para evitar lo peor y para persuadir a los hombres, en cuyas manos estaba la fuerza y sobre cuyos hombros pesaba una gran responsabilidad, a desistir de un conflicto armado y ahorrarle al mundo imprevisibles desgracias. La falta de voluntad por encontrar un acuerdo y sobre todo la difundida desconfianza en el respeto de los pactos firmados, llegó a paralizar todo esfuerzo para promover una solución pacífica. La última parte del documento fue dedicada al presidente de los Estados Unidos, F. D. Roosevelt (1882-1945), que justo en aquellos días había nombrado a Myron Taylor (1874-1959) como su representante, con el rango de embajador extraordinario ante la Santa Sede, a pesar de la hostilidad de algunos grupos protestantes. El papa, al acoger con satisfacción este gesto, lo juzgó «una válida y

prometedora contribución a Nuestra solicitud, sea para la consecución de una paz justa y honorable, sea para una más eficaz y amplia obra tendiente a aliviar los sufrimientos de las víctimas de la guerra». Se trató de un claro cambio que superó la tradición eurocéntrica de la Iglesia. La atención se extendió a una visión global, de la historia y de la humanidad.

Se mantuvo viva en los primeros meses de 1940 la esperanza de Pío XII, de que Italia quedara fuera del conflicto, de que la neutralidad declarada por Mussolini después de la agresión alemana a Polonia pudiera encontrar confirmación. Sus expectativas quedaron decepcionadas. No fue válida ni siquiera la carta que el pontífice en persona le dirigió al *Duce*, el 24 de abril de 1940, invitándolo a evitarle a Italia la tragedia de la guerra. La carta de Pío XII encontró en Mussolini una acogida «escéptica, fría, sarcástica», como el ministro Ciano (1903-1944) apuntó en su diario.



El papa Pío XI y Eugenio Pacelli en la inauguración de la radio vaticana en 1931 Al fondo, Guglielmo Marconi .

INTERVENCIONES PÚBLICAS DE PÍO XII CONTRA LA GUERRA

En las intervenciones públicas de Pío XII fueron frecuentes las tomas de posición muy firmes para condenar los métodos feroces y los horrores de la guerra. Las referencias del papa son claras, las afirmaciones netas e inequívocas. No hay que olvidar, además, que en todo el mundo, los que llamaron a las puertas de los conventos, de los seminarios, de las iglesias, de las guarderías y de los hospitales, encontraron ayuda y refugio. Se puede decir que cada diócesis en donde arreció el conflicto y la persecución, la Iglesia cumplió con la tarea de la defensa y la protección de los evacuados, de los judíos y de los perseguidos políticos sin distinción de partidos ni ideologías, con gran ánimo, pagando incluso, en muchos casos, las consecuencias de esta dedicación, que se alimentó de los valores de la solidaridad cristiana respecto a quien tuvo necesidad de ayuda y protección, respecto a quien fue golpeado directamente por los horrores, las destrucciones y la muerte.

Pío XII tuvo también un papel fundamental en el proceso de maduración de las grandes masas, desengañadas ante la búsqueda de nuevos y sólidos fundamentos para construir sobre las ruinas de la guerra un nuevo orden inspirado en los valores cristianos. La idea de una paz basada en el derecho y la justicia está muy presente en los documentos de Pío XII, en particular en el radiomensaje navideño

de 1942, en el que encontramos la referencia no a un orden forzado y ficticio, sino basado en la vuelta de anchas e influyentes clases sociales a la recta concepción social. En estas indicaciones de un nuevo orden cristiano se constata el rechazo del totalitarismo y la reafirmación del valor de la persona humana, que debe ser partícipe del orden, de la actividad legislativa y ejecutiva, del pensamiento social, de las expectativas y de las esperanzas de los hombres. Pío XII también rechazó la idea de una política extraña a las instancias éticas y religiosas, y a la eterna fuente de su dignidad, Dios.

Objetivo idéntico, sagrado y obligatorio de toda sociedad y de todo orden era el desarrollo de los valores personales del hombre como imagen de Dios, al que fue posible llegar rechazando las peligrosas teorías y reglas infaustas para la comunidad y su cohesión, las cuales tuvieron su origen y difusión en una serie de postulados erróneos, —que Pío XII indicó en el positivismo jurídico—, en la concepción que reivindicaba a particulares naciones, o a estirpes o clases el instinto jurídico como último imperativo e inapelable norma y, por fin, en las teorías que consideran al Estado como una entidad absoluta y suprema, eximida de control y de crítica, incluso cuando sus postulados teóricos y prácticos desembocan y llegan a la abierta negación de los datos esenciales de la conciencia humana y cristiana.

El papa reivindicó, además, el derecho del hombre a los bienes de la tierra como fundamento natural para vivir, y el rechazo de una dependencia y servidumbre económica del obrero, inconciliable con sus derechos de persona. Esta perspectiva, traducida y difundida por obispos y sacerdotes tanto en las ciudades como en los más apartados lugares de campo, ejerció una indudable fuerza que no puede ser desatendida en la historia de aquellos años. Ni debe ser olvidado que aquellas indicaciones tuvieron, en su esencia, la base misma de la democracia que, en el radiomensaje de la Navidad de 1944, Pío XII indicó como el sistema político que le ofrece al ciudadano la conciencia de su personalidad, de sus deberes y de sus derechos, de la misma libertad, junto con el respeto de la libertad y la dignidad ajenas.

Pío XII se fijó el objetivo de un retorno a un tipo de nueva *respublica christiana*, a una comunidad de pueblos, unida por el vínculo de la ley evangélica, frente a la cual la Iglesia debía presentarse como maestra y guía. Para el pontífice, la tarea de los hombres de Estado era la de favorecer esta perspectiva de orden interior e internacional, y la de abrir las puertas a la Iglesia, allanarle el camino, cooperar con ella «con su celo y con su amor», para curar las heridas de la guerra.

LABOR HUMANITARIA DE LA SANTA SEDE

Desde septiembre de 1939 hasta el final de la guerra, la atención de Pío XII se orientó en varias direcciones:

- atenuar los dolores y horrores de la guerra;
- obtener la suspensión de los bombardeos contra poblaciones civiles, con una particular insistencia por la ciudad de Roma;
- comunicar noticias sobre la suerte de combatientes y civiles;
- asistir material y moralmente a quienes estaban sin techo y sin medios de subsistencia;
- salvar innumerables víctimas de la guerra, entre las cuales había cientos de miles de hebreos;
- vigilar para aprovechar cualquier ocasión propicia para abreviar o componer el conflicto;
- oponerse a la llamada «redición incondicionada», que a juicio de la Santa Sede estaba destinada a prolongar el conflicto y a reforzar los elementos de subversión, en primer lugar los comunistas.

Esta fue, en sustancia, la labor humanitaria desplegada por Pío XII, quien, en el discurso dirigido en enero de 1945 a los administradores provinciales de Roma, indicó el espesor humanista de su

actividad eclesial. A las atrocidades y a los horrores de la guerra, el papa contrapuso la serenidad fecunda del trabajo humano.

En la carta *Quamvis plane*, dirigida al cardenal Maglione el 20 de abril de 1941, Pío XII renovó la petición de oraciones para conseguir la paz entre los pueblos, y el 18 de diciembre de 1947 publicó la encíclica *Optatissima pax* en la que de nuevo solicitó oraciones públicas para la pacificación de las clases sociales y de los pueblos.

La documentación publicada en los doce volúmenes de las *Actes et documents du Saint-Siège relatifs à la Seconde Guerre Mondiale* (ADs), aparecidos entre 1965 y 1981, hace ver:

- la situación en la cual la guerra puso al papa, con las informaciones más o menos completas que le llegaban; los recursos que se hacían a su influjo moral y religioso, que algunos imaginaban ilimitado y que cada uno trataba de utilizar en favor de su propia causa;
- sus esfuerzos para salvar lo que podía ser salvado, conservando la imparcialidad entre las partes en guerra, y sus pasos para evitar el conflicto;
- los intentos para contenerlo y,
- cuando estalló a escala europea y más tarde mundial, su tarea para aliviar los sufrimientos y socorrer a las víctimas.

Pío XII hizo todo lo posible para alejar ante todo el peligro de la guerra: pasos secretos, discursos solemnes, llamamientos patéticos a los pueblos y a sus gobernantes, insistiendo para que fuese evitada toda provocación, especialmente entre Polonia y Alemania. Su política durante el tiempo de la guerra consistió en aprovechar las ocasiones para encaminar a los pueblos hacia la conclusión de una paz honorable para todos y, entretanto, levantarlos de las terribles heridas ya infligidas o que serían infligidas en el futuro. Su primera preocupación fue la de impedir que Italia entrara en guerra.

A *Polonia*, mártir por la más injusta y despiadada de las ocupaciones, el papa dirigió un sentido recuerdo en su encíclica inaugural, la *Summi Pontificatus*. La diplomacia occidental no cesó de presionar a Pío XII para una acción de masa neta hacia Berlín y Moscú. La

defensa del pontífice fue hecha por Mons. Montini, quien explicó que la Santa Sede no quería una paz taimada, ni quería ser instrumentalizada por quien no había escuchado sus llamamientos. Dicha encíclica ha sido considerada como «el grito de dolor» de toda la nación polaca y un manifiesto orgánico de los principios de coexistencia y cooperación.

El mensaje pontificio de Navidad de 1939 fue después la ocasión para deplorar la premeditada agresión contra un pequeño, laborioso y pacífico pueblo, con el pretexto de una amenaza no existente, no querida y ni siquiera posible. En esta nación, la mayor parte de los obispos participaron de los sufrimientos del pueblo. Símbolo de esta actitud fue el franciscano Maximiliano Kolbe, que murió mártir de la caridad en el campo de concentración de Auschwitz el 14 de agosto de 1951, pero también junto a él hubo numerosos sacerdotes deportados polacos, franceses, italianos, alemanes, etc.

Hay que destacar como muy importante y significativa la actividad caritativa y humanitaria de la Santa Sede. Era el signo de que, a pesar de la secularización de la sociedad, la Iglesia católica seguía siendo consciente de su acción humanitaria, íntimamente ligada a su misión religiosa. Y dicha acción, coordinada también con otras fuerzas «humanitarias» (como el Comité Internacional de la Cruz Roja o las diversas Organizaciones judías), llegó a todas las víctimas de la guerra, sin distinciones de nacionalidades, raza, religión o partido.

Frente a todos los obstáculos, la Santa Sede mostró una tenaz obstinación y una perseverancia dignas de la nobleza y de las finalidades que ella se había prefijado —esto es, por usar los términos pacellianos—, «hacer la guerra más humana, aliviar los males y socorrer y consolar a las víctimas».

En mayo de 1952, Pío XII llegó a preguntarse: «¿Qué cosa habríamos podido hacer que no hicimos?». Y él mismo respondió diciendo que para evitar la guerra, para aliviar los sufrimientos, para disminuir el número de las víctimas, había hecho todo lo que él creía que había podido hacer.

Pero el papel del pontífice fue más allá de esta acción diplomática tendente a conducir a los contendientes a la razón. Bajo la guía de Pío XII, la Iglesia de Roma fue un punto de referencia, de apoyo, de alivio y de ayuda para toda la humanidad doliente, para aquella que más que los otros padeció las consecuencias de una guerra en la que los hombres habían perdido todo sentido de humanidad y piedad. En las miles y miles de páginas de las ADss, está la documentación directa de una acción constante contra las persecuciones y las deportaciones en masa; ahí se encuentran las intervenciones ante las cancillerías europeas y la Cruz Roja y otras instituciones, para lograr iniciativas humanitarias a favor de las víctimas de la guerra, la ayuda y la protección prestadas directamente en defensa de los perseguidos, las intervenciones diplomáticas de protesta y condena de los métodos usados por los nazis en la guerra.